

SAN GREGORIO PALAMAS Y EL HESICASMO¹

1. MARCO HISTÓRICO Y GEOGRÁFICO

El siglo XIV, que es el de Gregorio Palamás, ve el Imperio bizantino muy reducido territorialmente. Para hacernos cargo mejor, remontémonos a los inicios del siglo XIII. El año 1204, los soldados de la Cuarta Cruzada, en vez de ir a Tierra Santa a liberar los Santos Lugares, cambian de rumbo y saquean y devastan la capital del Imperio bizantino, la ciudad de Constantinopla, e instauran un Imperio latino y un patriarcado latino. El emperador bizantino tiene que refugiarse en Nicea, junto con el patriarca griego. Hay que decir que, en el terreno ecuménico, este hecho –los cristianos latinos que saquean y se apoderan del centro del cristianismo bizantino– ha sido, en la memoria de los ortodoxos, un hito de separación entre Oriente y Occidente mucho más decisivo que el tópico del año 1054, con las excomuniones mutuas. En el año 2000 el papa Juan Pablo II, en su viaje a Grecia, pidió

1 Este texto corresponde a una conferencia pronunciada en la Fundació Maragall dentro del ciclo «Mestres espirituals cristians», en el año 1995. Las referencias bibliográficas han sido adaptadas a la versión castellana por el mismo autor. Traducción al castellano de la lengua catalana por la Dr^a Rosa Herrera García.

públicamente perdón, gesto que no se había hecho nunca antes.

En 1261, muerto el emperador Juan IV Láscaris, su sucesor, Miguel VIII Paleólogo, consiguió reconquistar Constantinopla. El imperio recuperado, aunque más limitado, se iría reduciendo paulatinamente hasta desaparecer. Miguel VIII, por otra parte, se había mostrado como un firme partidario de la unión con Roma, con la esperanza de obtener ayuda de Occidente, y había hecho, por medio de su legado, profesión de fe católica en el II Concilio de Lyon, en 1274.

Cuando nace Gregorio Palamás, en el año 1296, el Imperio bizantino ha perdido la mayor parte de Asia Menor, en manos de los turcos selyúcidas. Se extiende por lo que había sido el imperio bizantino de Nicea y, en la parte europea, Tracia, Macedonia, Tesalia y la mayoría de islas del mar Egeo. Ya en el siglo XIV, durante los años de vida de Palamás, estos territorios quedarán aún más reducidos: sólo la Tracia, una parte de Macedonia, la ciudad de Tesalónica y una parte de la península Calcídica (con el Monte Athos) y el Despotado de Mistrás. El resto de territorios europeos del noroeste, habían sucumbido a la expansión del reino de Serbia. Más al sur, y contemporáneamente con la vida de Palamás, estaban los ducados catalanes de Atenas y Neopatria (1311-1388). En cuanto a la parte asiática, lo que había sido el imperio de Nicea estaba en manos de los turcos otomanos, tras los cuales, en la parte central de Asia Menor, estaban los turcos selyúcidas.

El emperador Miguel VIII Paleólogo fue sucedido, en 1282, por su hijo Andrónico II, que no supo continuar la obra de su padre y murió en 1328, ya en vida de Palamás, y con la situación del Imperio que acabamos de ver. El hijo de Andrónico, Miguel IX, asociado al trono, murió el año 1320, sin llegar a gobernar. Entonces su hijo, Andrónico III, fue asociado al trono de su abuelo Andrónico II, con el que entró pronto en un conflicto que degeneró en una guerra civil hasta el 1328, con la muerte de Andrónico II y la victoria de Andrónico III. El hijo de éste, Juan, nacido de su segundo matrimonio con la católica Ana de Saboya, accedió al trono a la muerte de su padre, en el año 1341, cuando sólo tenía nueve años, bajo la tutela de su madre Ana y del patriarca de Constantinopla Juan XIV Kalekás.

Aquí entra en escena otro Juan que tendrá mucha importancia en la vida de Palamás: Juan Cantacuzeno. Gran servidor y consejero principal de Andrónico III, debía asegurar la regencia en nombre de Juan V, pero topó con la hostilidad de la emperatriz Ana y del patriarca, y se proclamó co-emperador. Siguió una guerra civil hasta 1347, de la que salió victorioso Juan Cantacuzeno. Coronado emperador, con el nombre de Juan VI, entraba en Constantinopla en febrero de 1347. Juan V Paleólogo conservó el título imperial, pero quien realmente gobernaba era Juan VI Cantacuzeno. De esta situación se aprovecharon los turcos, serbios y señores francos para apoderarse de posesiones bizantinas.

Cantacuzeno hizo una alianza con Juan V y le dio por esposa a su hija Helena. Durante su reinado, Juan VI Cantacuzeno favoreció decididamente el movimiento hesicasta y palamita. De hecho, la familia Palamás fue partidaria siempre del Cantacuzeno. Pero una nueva oposición entre los dos Juanes, el Paleólogo y el Cantacuzeno, por la sucesión dinástica, provocó una nueva guerra intestina, en la que, esta vez, perdió Cantacuzeno, a pesar del apoyo otomano. Tuvo que abdicar en 1354 y se hizo monje, con el nombre de Joasaf, y habitó en varios monasterios, en Constantinopla y en el Monte Athos, y murió en el Peloponeso en el año 1383. Juan V Paleólogo se mantuvo en el trono hasta su muerte en 1391. Hacía treinta y dos años que Palamás había muerto y faltaban sesenta y dos para la desaparición del Imperio bizantino con la caída de Constantinopla en manos de los otomanos en 1453.

2. MARCO DOCTRINAL Y ESPIRITUAL

Cuando nace Palamás hacía pocos años que se había celebrado el II Concilio de Lyon, el año 1274, el cual, además de hablar de una posible Cruzada, en su primera sesión, se proponía procurar la unión de las Iglesias griega y latina. Y ochenta años después de la muerte de Palamás tendría lugar otro concilio unionista, el de Ferrara-Florenia (1438-1439). Durante todo este período intermedio nos encontramos con una serie de discusiones teológicas entre griegos y latinos. En Occidente es el tiempo del apogeo de la escolástica (Santo Tomás había fallecido el mismo año del concilio de Lyon,

precisamente de camino hacia el concilio). Pues bien, esta teología y su sistemática no eran desconocidas para los bizantinos, e incluso algunos recibieron su influencia. Demetrio Cidones, con su hermano Prócoro, tradujeron las principales obras de Tomás de Aquino y otros autores latinos. Conocimiento e influencia, sin embargo, no significaban concordia. Había, entre otras, una cuestión que se arrastraba desde hacía siglos: la procesión del Espíritu Santo, estrechamente vinculada con el asunto de la cláusula del *filioque*, el añadido latino al Credo. Esta cuestión fue uno de los temas importantes de discusión en el concilio de Lyon y sobre todo en el de Florencia.

Las discusiones teológicas se daban también entre los propios bizantinos, entre los que seguían una corriente escolástica y los que seguían una tradición más fundamentada en la patrística y la liturgia. La discusión en torno al conocimiento y la visión de Dios será muy viva en el siglo XIV. En el campo de la espiritualidad, asistimos en este período a la renovación hesicasta, corriente en la que Gregorio Palamás tendrá un papel muy importante y que, tras él, será llamada también «palamismo».

*La espiritualidad hesicasta*²

El *hesicismo* es un sistema espiritual de orientación esencialmente contemplativa que pone la perfección del hombre en la unión con Dios por la oración continua. Pero lo que lo caracteriza es precisamente la afirmación de la excelencia o de la necesidad de la *hesiquia*, o de la quietud, en sentido amplio, para llegar a esta unión.

El término *hesiquia*, transcripción literal del griego ήσυχία significa «quietud», «calma», «reposo», «tranquilidad». Hay dos tipos de *hesiquia*: una exterior y una interior. El exterior consiste en el alejamiento del mundo, de los hombres, del ruido. La hesiquia interior reside en el alma y en sus facultades. Por

2 Se puede encontrar un buen resumen del tema en la obra de T. ŠPIDLÍK, *La oración según la tradición del Oriente Cristiano*, Editorial Monte Carmelo, Burgos 2004. Véase también, sobre este período, S. JANE-RAS, "Introducción a la teología ortodoxa", en A. GONZÁLEZ MONTES (dir.), *Las Iglesias Orientales*, BAC, Madrid 2000, 133-254.

regla general, supone la hesiquia exterior. Por tanto, el *hesicasm*o, en su proyecto contemplativo, comprende al mismo tiempo la elección de una forma de existencia adecuada y la búsqueda de un estado de alma habitual al que esta forma de existencia está ordenada. Dicho de otra manera, la *hesiquia*, en un primer sentido, significa la soledad y el silencio materiales que favorecen el recogimiento del alma. En un segundo sentido, designa la calma interior que procura la *nepsis* o sobriedad. Finalmente expresa la paz del alma recogida en sí misma bajo la acción del Espíritu Santo. Y todo ello para alcanzar la unión con Dios mediante la oración continua, la oración pura.

El *hesicasm*o arranca de los Padres del desierto, de los antiguos monjes, cuya doctrina será la guía de los hesicastas posteriores. En un primer momento *hesiquia* se identifica con *anacóresis*, es decir, el hesicasta es el que se aleja, el que se retira al desierto. Sobre todo con la aparición del monaquismo cenobítico, queda claro que el hesicasta es, a diferencia del monje cenobita, el solitario, el eremita. Ahora bien, el hesicasta no tiene que vivir necesariamente en la soledad total. Muy a menudo el hesicasta lleva su vida de soledad cerca de otros hesicastas o eremitas, los cuales se reúnen los sábados y domingos para las celebraciones litúrgicas. Y dentro de la vida cenobítica encontraremos monjes que, probados ya en la vida comunitaria, se retirarán, temporal o definitivamente, a la vida eremítica o hesicasta. De hecho, la *hesiquia* es la aspiración de muchos cenobitas. La *hesiquia*, por tanto, por lo menos en su aspecto interior, puede darse en los cenobios.

La Hesiquia se reconoce por algunos rasgos característicos:

1) La *amerimnia* (ἀμερίμνια), que literalmente significa «despreocupación», la huida de las preocupaciones mundanas, la huida del ruido de las ciudades. Pero no en el sentido de los mesalianos, en los que encontramos el descuido, la despreocupación, que llevan a la vida ociosa, la eliminación de todo trabajo y esfuerzo, a una falsa seguridad, que facilita, precisamente, los asaltos del demonio. La hesiquia, por el contrario, pide esfuerzo ascético. La contemplación o θεωρία pide una praxis inicial. La *amerymnia* es lo mismo que pide el canto que acompaña el traslado del pan y el vino al altar en la

Divina Liturgia bizantina: «Nosotros que, místicamente, representamos a los querubines y cantamos el himno Trisagio a la Trinidad vivificante, despojémonos ahora de toda preocupación terrena (de toda μέριμνα) para recibir al Rey de la gloria».

2) La *nepsis* (νήσις), es decir, sobriedad espiritual. Designa la vigilancia del alma, atenta a no dejarse sorprender por el adversario que quiere introducirse en el espíritu o en el corazón por medio de los *logismoi*, los pensamientos malos o importunos. Esta actitud defensiva es llamada también προσοχή, es decir, «atención». Sobriedad y atención que son sinónimos de *guarda del corazón*, estado del alma bien despierta, sobria, presente a sí misma y a Dios, vigilante para no dejarse sorprender por los artilugios del enemigo.

3) El *recuerdo de Dios*, es decir, el pensamieto habitual, constante, de Dios. Éste es un tema tradicional de la espiritualidad oriental, que encontramos en los Apotegmas y las Vidas de los Padres del desierto y en los Padres posteriores. Diádoco de Fótice (s. V) recomienda la meditación incesante del «Señor Jesús» y también de su «santo y glorioso nombre» en el fondo del corazón como medio para eliminar toda imaginación, reunificar el alma dividida por el pecado –que entonces se ve a sí misma en su propia luz–, para hacer la experiencia interior de la gracia y mantener el recuerdo continuo de Dios, que consume todo lo que hay de terrenal en el corazón.

4) *La oración continua*. El «recuerdo de Dios», la meditación en el sentido de los antiguos, es decir, la rumia, lleva a la oración continua por una repetición verbal e incansable de una fórmula apta para hacer nacer una idea espiritual o un sentimiento saludable. La forma seguramente más característica de la meditación-repetición es la práctica de oraciones cortas y frecuentes. Estas fórmulas no estaban antiguamente estereotipadas, aunque se presentaban bajo dos formas principales: una, llamada *auxiliadora*, porque consiste en pedir ayuda («ayúdame», «protégeme»), y otra *kataníktica*, apta para suscitar la compunción y que pide la misericordia («ten compasión de mí», «ten piedad de mí»). No deja de ser como un eco del *Kyrie eleison*.

El término *hesiquia* y la espiritualidad que representa se inician con los Padres del desierto, continúa con los Padres de la Iglesia, entre los que cabe mencionar a los tres grandes

Capadocios: Basilio, Gregorio de Nacianzo y Gregorio de Nisa (sobre todo en la *Vida de Moisés*), y marcará la tradición espiritual de Oriente. Entre los autores intermedios entre la época patristica y el hesicasmo medieval, podemos mencionar a Simeón el Nuevo Teólogo (949-1022), del que algunos escritos figuran en la Filocalia y que es uno de los grandes autores espirituales del Oriente cristiano. Simeón habla sobre todo del tema de la iluminación y de la importancia del corazón. La visión de la «luz» es, para Simeón, la conciencia de un encuentro con Cristo, que se establece en el corazón por la caridad. También dice que el sentimiento fundamental de todo cristiano debe ser la contrición del publicano. No menciona lo que se llamará la oración de Jesús, pero da, de hecho, los elementos.

Un centro importante desde donde se difundirá el método hesicasta de oración es el Sinaí. Allí, en el lugar llamado «de la Zarza», había, desde antiguo, un eremitorio, del que da testimonio, por ejemplo, la peregrina Egeria (381-384), lugar donde, en el s. VI, Justiniano construyó un monasterio que, en el s. IX, fue dedicado a Santa Catalina. Entre los monjes sinaitas cabe mencionar a san Juan Clímaco (el de *La escala del paraíso*), del siglo VII, que dice: «La hesiquia es un culto y un servicio ininterrumpido de Dios. Que el recuerdo de Jesús sea una sola cosa con tu respiración, y entonces conocerás la utilidad de la hesiquia, es decir, que ella producirá sus frutos». Otro autor sinaita es Hesiquio de Batos (es decir, «de la zarza», porque era monje del Sinaí), del s. VII-VIII. Para él, todo el combate de la vida espiritual se reduce a la atención o *nepsis*, y la *nepsis* se centra en la oración de Jesús. Esta «oración de Jesús», no concretada en su forma por los antiguos, se va fijando en el hesicasmo medieval bajo la forma que recuerda la oración del publicano: «Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí». A menudo se la completará: «ten piedad de mí, pecador». Y es en el Monte Athos donde el hesicasmo y la oración de Jesús alcanzará, en los siglos XIII y XIV, su grado más alto, donde esta oración adquirirá todo un método y una técnica psicósomática. Una descripción detallada de esta técnica asociada a la oración de Jesús la encontramos en Nicéforo el Hesicasta y en Gregorio Sinaita. Ambos son ya contemporáneos de Gregorio Palamás, el cual en sus escritos saldrá en defensa de Nicéforo, autor de dos obras muy importantes para el hesicasmo, *Sobre la «nep-*

sis» y la guarda del corazón, y Método de la santa oración y de la atención.

Gregorio el Sinaíta (1255-1346) puede ser considerado como el principal promotor de la renovación hesicasta del siglo XIV. Llamado así porque había llevado una vida eremítica en el Sinaí, en el Athos se unió a un grupo de monjes que practicaban la oración hesicasta en la eskita de Magula, dependiente del monasterio de Filoteu, y pronto se convirtió en el maestro espiritual más influyente de la Santa Montaña. Una incursión de los turcos le obligó a dejar el Athos, junto con algunos discípulos, y se estableció en los confines entre la Tracia y Bulgaria, donde edificó un monasterio importante. Algunos de sus discípulos apoyarían luego a Gregorio Palamás en la controversia hesicasta. La doctrina espiritual del Sinaíta está centrada en la guarda del espíritu y la oración del corazón. Escribió, entre otras obras, *Sobre la Hesiquia y la oración y sobre la actitud del hesicasta durante la oración*. Enseña cómo, por la oración hesicasta, el monje puede tomar conciencia progresivamente de la gracia depositada en él por el bautismo y alimentada por la eucaristía.

En las obras de estos dos autores encontramos los rasgos característicos del hesicasmo atonita: una actitud concreta del cuerpo y la oración del corazón. En la tradición oriental, el corazón designa al centro del ser humano, la raíz de las facultades activas del intelecto y de la voluntad, el punto de donde proviene y hacia donde converge toda la vida espiritual. Es la fuente de donde brota toda la vida psíquica y espiritual del hombre y por medio de la cual éste se comunica y se acerca a la fuente misma de la vida. Pero es sobre todo Nicéforo el Hesicasta (s. XIII-XIV) el que es considerado el sistematizador del método psicossomático de la oración hesicasta. A partir de consideraciones fisiológicas sobre las relaciones entre el corazón, el calor del cuerpo, la respiración, expone la técnica de la respiración profunda y de la apnea, haciendo hincapié en la oración pura, la oración a Jesús.

«Siéntate, recoge tu inteligencia, introdúcela en las fosas nasales, es el camino que sigue la respiración para ir al corazón. Empújala, hazlo bajar a tu corazón al mismo tiempo que el aire inspirado. Cuando esté allí, verás qué alegría seguirá.»

Nicéforo especifica más la actitud del hesicasta. Sentado, con la cabeza gacha y la barbilla apoyada contra el pecho,

mirando hacia el centro del cuerpo, hacia el ombligo, para favorecer la concentración de la mente en el corazón. Pero, sobre todo, la práctica hesicasta de los monjes del Athos se fijará en la oración repetitiva (la oración de Jesús) siguiendo el ritmo de la respiración, u oración del corazón. Y es que, para los hesicastas, la repetición continuada de la oración, acompañada según el ritmo de la respiración, está destinada a abrir el corazón, centro del ser, a la presencia de Dios.

Este es, en definitiva, el marco doctrinal y espiritual en que aparece la figura de san Gregorio Palamás.

3. BIOGRAFÍA DE SAN GREGORIO PALAMÁS³

Gregorio nació en Tesalónica, la capital de Macedonia, el año 1296, en el seno de la familia numerosa del senador Constantino Palamás, originaria de Asia Menor y emigrada a Constantinopla ante la invasión turca. De la piedad de su padre da testimonio el biógrafo de Gregorio, cuando dice que, habiéndole pedido el emperador Andrónico II su opinión sobre un asunto, el senador Palamás no entendió la pregunta porque estaba absorto en la oración. Gregorio, sin embargo, se dedicó a los estudios profanos. Dotado de una inteligencia notable, estudió filosofía o, en palabras de su biógrafo, «física, lógica y toda la ciencia aristotélica».

Hacia el año 1316, y marcado por algunos monjes eminentes de Constantinopla, entre los que destaca Teolepto de Filadelfia, que lo inició en la «oración pura», Gregorio rechaza las promesas imperiales, abandona los estudios profanos y decide consagrarse a la vida monástica. Pero él era el responsable de la familia. Habiendo muerto su padre cuando él era un niño, tenía bajo su responsabilidad a la madre, dos

3 Sobre san Gregorio Palamás escribió sobre todo J. MEYENDORFF, *Introduction à l'étude de Grégoire Palamas*, París 1959; *Saint Grégoire Palamas et la mystique orthodoxe*, París 1959; "Palamas" (Grégoire), en *Dictionnaire de Spiritualité* XII (1984) 81-107. Las obras de Palamás se encuentran en la PG 150-151. Una edición moderna es llevada a cabo desde 1970 en Tesalónica: Γρηγορίου τοῦ Παλαμᾶ Συγγράμματα. *Las Triadas en defensa de los santos hesicastas* han sido editadas, con traducción francesa, por el mismo J. MEYENDORFF, *Défense des saints hésychastes* 2 vols. (Spicilegium Sacrum Lovaniense 30-31), Lovaina 1959, ²1974.

hermanos, dos hermanas y los criados. Entonces les propuso a todos entrar en un monasterio. Es lo que hicieron la madre, las hermanas y algunos criados, que ingresaron en monasterios de la capital. Él y sus dos hermanos se dirigieron al Monte Athos.

Gregorio Palamás vivió en la Montaña Santa durante veinte años, pero con estancias también en Berea, al pie del Olimpo, y Tesalónica. En el Athos había dos corrientes monásticas o dos estilos de vida: el cenobítico y el eremítico. Este último podía presentarse bajo dos aspectos: el del eremita estricto, que vivía totalmente solo (de hecho, la palabra «monje» quiere decir «solo»), y el de los monjes eremitas que practicaban una vida semi-comunitaria. Agrupados, en casitas independientes, alrededor de un maestro espiritual, llevaban vida eremítica, entregados a la ascesis y a la oración, y los sábados y domingos iban al monasterio cenobítico del que dependían para participar en la liturgia. Este último estilo de vida fue lo que Palamás practicó inicialmente en el Athos, durante tres años, cerca del monasterio de Vatopedi, bajo la dirección del anciano Nicodemo. Muerto éste, Gregorio fue a la Gran Laura, el monasterio fundado por san Atanasio del Athos, donde llevó vida cenobítica durante tres años. Después volvió a la vida eremítica o hesicasta bajo la guía espiritual de Gregorio Sinaita, que ya hemos encontrado, y los escritos de éste se cuentan entre los más importantes de la *Filocalia*.

En 1325, las incursiones de los piratas turcos en el Athos obligaron a Palamás a refugiarse en Tesalónica, donde había otros discípulos del Sinaita y donde el hesicasmo se había difundido entre un grupo de laicos. Ordenado sacerdote en 1326, Palamás se retiró en un eremitorio de Berea, al pie del monte Olimpo, donde, de acuerdo con el ideal hesicasta, vivía en soledad y en la oración pura durante los cinco primeros días de la semana y se reunía en vida comunitaria con los otros hermanos el sábado y el domingo. Este mismo estilo de vida llevó luego, a partir más o menos del año 1331, nuevamente en el Athos, en el monasterio de San Sabas, cerca de la Gran Laura, a la que iba para participar en los oficios ya como «hieromonje», es decir, monje sacerdote. Tuvo que dejar su retiro por un breve periodo (1335-1336) para ejercer el cargo de *higúmeno* o superior del monasterio cenobítico de Esfigmenu. Pero su celo reformador le indispuso con los monjes y regresó a San Sabas.

Allí comenzará a escribir. Sus obras más importantes son: *Tríadas en defensa de los santos hesicastas* y *Ciento cincuenta capítulos físicos, teológicos, éticos y práctico*. Y será también a partir de estas fechas cuando aparece como una de las figuras más respetadas del monaquismo ortodoxo. Al mismo tiempo empezaba para él un periodo muy movido de discusiones y diatribas con sus adversarios, concentradas sobre todo en Barlaam y Gregorio Akíndinos, y también en Nicéforo Gregorás.

Barlaam era un monje ítalo-griego, nacido hacia el año 1290 en Seminara (Calabria). Se discute si era católico u ortodoxo (aunque en esta época, y hasta el siglo XVI, no se empleaba esta terminología, sino que se hablaba de griegos y latinos). Hacia el año 1330 llegó a Constantinopla, donde adquirió fama de sabio. Sus escritos sobre astronomía y lógica se difundieron por las tierras bizantinas, y Juan Cantacuzeno, servidor de Andrónico III, le obtuvo una cátedra en la universidad imperial. Humanista bizantino, de formación escolástica, que combinaba el racionalismo y el espiritualismo desencarnado, es autor de escritos destacados sobre la cuestión del *filioque* y sobre el primado del Papa; de hecho fue él quien discutió, en nombre de la Iglesia griega, con los dominicos enviados por el papa Benedicto XII con vistas a una unión. Barlaam pensaba encontrar una solución al problema de la unidad de la Iglesia refiriéndose a la trascendencia de Dios: ningún razonamiento sobre la divinidad puede ser apodíctico, y las discusiones sobre la procesión del Espíritu Santo no pasan de ser pura dialéctica. Su posición doctrinal se fundamentaba en dos postulados:

- 1) El postulado aristotélico de que todo conocimiento, incluido el conocimiento de Dios, tiene por origen la percepción o «experiencia» de los sentidos.
- 2) Un postulado neoplatónico, apoyado también en autores cristianos, según el cual Dios está más allá de la experiencia sensible y, por tanto, es incognoscible; según Barlaam, el conocimiento de Dios es sólo indirecto: pasa siempre a través de los seres perceptibles por los sentidos; el mismo conocimiento místico sólo puede ser real simbólicamente.

Aquí se inicia la polémica entre Barlaam y Palamás. Este escribe los *Tratados apodícticos* sobre la procesión del Espíritu Santo, contra la doctrina latina sobre esta cuestión (de hecho, ambos estaban contra el filioque), y sobre todo para contrarrestar el punto de vista de Barlaam, que rechazaba la existencia de argumentos apodícticos en teología.

Pero Barlaam atacará a Palamás por el lado de la práctica hesicasta de los monjes, después de haberla observado de cerca, y lo hace ridiculizando el método psico-físico de oración que chocaba fuertemente con sus hábitos de humanista y sus convicciones de filósofo imbuido de espiritualismo platónico. Barlaam, con su tratado *Contra los mesalianos*, acusa a los monjes hesicastas de «mesalianismo». Con este término es conocido un movimiento pietista cristiano originario de Mesopotamia y que se difundió, a mediados del siglo IV, por Siria, Egipto y Asia Menor y que enseñaba que, por el pecado de Adán todos llevamos unido al alma un demonio, que no es expulsado por el bautismo, sino por la oración continua y la mortificación. Por eso sus adeptos recibían el nombre siríaco de *msalyonin* («los que rezan», conocidos en la historia como «mesalianos»), y en griego εὐχίται, «euquitas» (es decir, «los que rezan»). Esta corriente fue condenada por el Concilio de Éfeso (431) y en otras ocasiones, pero perduró largo tiempo bajo formas diversas. Barlaam también recriminaba a los hesicastas que pretendieran ver la esencia divina con los ojos corporales.

Palamás publica entonces sus tratados en defensa de los hesicastas, que es probablemente el testimonio más importante sobre su teología como fundamento de su espiritualidad. Consistente en tres series de tres tratados, la tradición les ha dado el nombre de *Tríadas para la defensa de los santos hesicastas*. Los temas en discusión eran:

a) El problema de la ciencia profana como condición del conocimiento de Dios. Palamás reconocía un cierto valor a la filosofía antigua, pero sólo en el plano natural. Lo que no podía admitir en el pensamiento de Barlaam era el naturalismo que, de hecho, excluía toda intervención directa del espíritu en el dominio del conocimiento de Dios. Palamás desarrolla una doctrina realista del conocimiento sobrenatural, independiente de toda experiencia sensible, pero otorgada en Jesucristo al hombre todo entero, alma y cuerpo, que

puede acceder desde aquí abajo a las primicias de la deificación y la visión de Dios, no por sus propias fuerzas sino por la gracia del Espíritu.

b) El papel del cuerpo en la oración. Palamás justifica el método psico-somático de oración, oponiendo al espiritualismo neoplatónico de la antropología barlaamita la concepción bíblica del hombre, según la cual el cuerpo, lejos de ser una cárcel del alma, recibe también él la gracia de los sacramentos y la prenda de la resurrección final. ¿Porqué, pues, no puede participar de la oración pura? Todo el cuerpo, pero más explícitamente el corazón, que era visto como el centro y la sede de los razonamientos, los pensamientos, del intelecto, de todas las facultades humanas.

Palamás, que dirige cartas a su antiguo discípulo (que más tarde será su adversario) Gregorio Akíndynos, y también directamente a Barlaam, el año 1340 publica un texto titulado *Tomos hagioretikós* («Tomo hagiográfico», es decir, de la Santa montaña Ἁγίων Ὄρος, el Athos), donde exponía su refutación de las tesis barlaamitas, documento que firmaron los *higúmenos* de los monasterios del Athos. Con ello los monjes atonitas manifestaban su rechazo a las tesis de Barlaam y reconocían en Palamás su portavoz oficial. Un concilio, celebrado el 10 de junio de 1341 en las tribunas superiores de Santa Sofía, presidido por el emperador Andrónico III y el patriarca Juan Kalekás, condenó a Barlaam. Este, después de que Andrónico III muriera cinco días más tarde, sin haber firmado el documento conciliar, y temiendo las represalias del regente Cantacuzeno y no fiándose de la cambiante Ana de Saboya, se refugió en su Calabria natal, donde acabó siendo obispo católico de rito bizantino de Gerace, y donde moriría hacia el 1348. Si había escrito contra los latinos, ahora escribirá contra los griegos. Joan Cantacuzeno, que asumió de hecho el poder por la minoría de edad del hijo de Andrónico, Juan V, convocó un segundo concilio, en agosto de ese mismo año 1341, donde fue proclamado oficialmente el documento. Pero el patriarca, que aceptó firmar, impidió que lo hicieran Cantacuzeno y el joven emperador, e hizo introducir una cláusula que prohibía continuar las discusiones doctrinales.

Ese mismo año, como hemos visto antes, estalló una guerra civil –que duraría hasta 1347– que enfrentó a Juan Cantacuzeno con un gobierno nominalmente presidido por la viuda

de Andrónico III, Ana de Saboya. Con ello, el patriarca Juan Kalekás, pese a haber firmado el Tomo conciliar, persiguió a Palamás y a los monjes hesicastas, que simpatizaban con Cantacuzeno. Gregorio Akíndynos, que, en 1340, había criticado a Barlaam por sus ataques contra los hesicastas y que, a pesar de haber sido discípulo de Palamás, no compartía su distinción entre la esencia divina y las energías, recibió el apoyo del patriarca Kalekás y escribió una serie de volúmenes contra la doctrina palamita. También se mostró decididamente antipalamita otro intelectual bizantino, Nicéforo Gregorás.

El año 1342 el patriarca Juan Kalekás conseguía que Gregorio Palamás fuera arrestado por cuestiones políticas y en 1344 él mismo lo excomulgaba por sus ideas teológicas. Terminada la guerra civil, en enero de 1347, la emperatriz Ana hizo deponer al patriarca. En febrero, como hemos dicho antes, Juan Cantacuzeno, vencedor, entraba en Constantinopla como co-emperador, pero con el poder real de hecho, y los hesicastas recibieron nuevamente el pleno apoyo de la Iglesia. Cabe apuntar que el Cantacuzeno había encontrado siempre apoyo, frente al Paleólogo, en las clases altas de la sociedad, a las que pertenecían los Palamás. Depuesto entonces el patriarca Juan Kalekás, fue entronizado un discípulo de Palamás, Isidoro Bukhara, y el mismo Gregorio Palamás fue consagrado metropolitano de Tesalónica. Sin embargo no pudo entrar entonces en la ciudad, dominada por los «zelotes», las clases medias y bajas, partidarias del Paleólogo y que se negaban a reconocer la autoridad imperial de Juan Cantacuzeno. No fue hasta dos años más tarde, en 1349, cuando pudo, finalmente, tomar posesión de la sede metropolitana de Tesalónica.

Aquí cabe decir una palabra sobre otro personaje, también noble y, por tanto, partidario de Juan Cantacuzeno, en cuya corte ocupó diversos cargos y llevó a cabo diversas misiones. Me refiero a Nicolás Cabásilas (1322/23-d 1390), un laico tesalonicense que, con sus escritos (su producción literaria y teológica es muy extensa), sobre todo *La vida en Cristo*⁴ y *Explicación de la Divina Liturgia*⁵, se convirtió en

4 Traducción castellana publicada por Ediciones Rialp, Madrid 1989 (traducción algo defectuosa). Traducción catalana: NICOLAU CABÀSILAS, *La vida en Crist* (Clàssics el Cristianisme 42), Barcelona 1993.

5 Traducción castellana en "Cuadernos Phase" 151, Barcelona 2005.

uno de los grandes maestros de la tradición espiritual bizantina. La Iglesia ortodoxa lo canonizó en 1983. Fue él quien acompañó a Gregorio Palamás a tomar posesión de su sede de Tesalónica. Cabásilas no era un hesicasta, pero defendió a Palamás y el palamismo en su escrito *Contra las vanaglorias de Nicéforo Gregorás*.

En Tesalónica, Palamás predicó la reconciliación política y la justicia social. Pero no le faltaron los ataques. El filósofo, citado, Nicéforo Gregorás tomó el relevo de Gregorio Akíndynos como portavoz de los antipalamitas. Pero un tercer concilio de Constantinopla, celebrado en la iglesia de las Blaquernas, en el año 1351, aprobó solemnemente la doctrina palamita de la distinción entre la esencia divina y las energías increadas.

En 1354, yendo por mar a Constantinopla, Palamás fue hecho prisionero por los turcos y permaneció un año en Asia Menor, donde tuvo ocasión de visitar las comunidades cristianas subyugadas por el poder otomano. Liberado y de vuelta a Tesalónica, sostuvo un debate público con Nicéforo Gregorás en presencia del emperador Juan V y de un legado del Papa, seguramente con la intención, por parte del emperador, de demostrar que el triunfo del palamismo no constituía ningún obstáculo en las conversaciones para la unión. Alcanzada la tranquilidad en Tesalónica, Palamás se consagró por completo a la predicación. De hecho, eran ya pocos los años que le quedaban de vida. Afectado por una grave enfermedad, moría el 14 de noviembre de 1359. Fue venerado a continuación en Tesalónica, en Constantinopla y en el Athos, y el año 1368, sólo nueve años después de su muerte, un acto sinodal de canonización, presidido por el patriarca Filoteo Kókkinos, que había sido discípulo suyo, ratificaba este culto. Su fiesta se celebra el 14 de noviembre, día de su muerte, y también se hace memoria de él el segundo domingo de Cuaresma.

De san Gregorio Palamás podemos decir que tenemos un retrato. En efecto, hay un icono suyo, del que beben todas las demás reproducciones, que fue hecho unos diez años después de su muerte. Debe reflejar, por tanto, con bastante exactitud los rasgos de su rostro⁶.

6 Es un caso similar al de san Francisco de Asís, pintado en un fresco del monasterio de Subiaco.

4. DOCTRINA PALAMÁTICA

Las energías divinas

Barlaam negaba al intelecto humano cualquier posibilidad de conocer lo universal y, por tanto, lo divino. Interpretando los escritos del Pseudo-Dionisio de una manera estrictamente intelectualista, pretendía que Dios no puede ser conocido, en último término, a no ser negando en él todas las perfecciones de las criaturas. Palamás, basándose en los Padres Capadocios e interpretando diferentemente al Pseudo-Dionisio, enseña también que Dios sobrepasa toda inteligencia creada, pero que la gracia divina dota al hombre de un «sentido de lo divino», del que la simple fe es una primera forma, y la experiencia mística, el pleno desarrollo en la tierra. Este sentido espiritual permite al hombre alcanzar lo que ni su sensibilidad ni su razón pueden percibir.

La teología de Palamás distingue en Dios la esencia o naturaleza divina, inaccesible e incommunicable, y las energías u operaciones divinas, inseparables de la esencia divina y, por tanto, creadas, por las cuales Dios se manifiesta y se comunica al exterior. La presencia de Dios en sus energías hay que entenderla en el sentido realista. No es una presencia operativa de la causa en sus efectos: las energías no son efectos de la causa divina, como lo son las criaturas; no son creadas, sino increadas e inseparables de la esencia misma de Dios.

Esta doctrina, que es la gran aportación de la teología de Palamás, fundamenta dogmáticamente la unión con Dios y da una base teológica a la espiritualidad hesicasta. En cuanto al hombre, la experiencia de la unión con Dios no concierne únicamente al intelecto, sino al hombre entero, cuerpo y alma, llamado a ser transfigurado por la luz divina. Es esta participación del cuerpo mismo en la gracia de la salvación la que justifica el recurso, simplemente como un auxiliar, a los métodos psico-físicos. Palamás defiende las prácticas de los hesicastas, que Barlaam ridiculizaba. Pero estas prácticas son sólo medios para llegar a la unión con Dios.

La distinción entre la esencia y las energías permite que tenga sentido real la expresión de san Pedro: *Participes de la naturaleza divina* (2 Pe 1, 4). La unión a la que está llamado el cristiano no es una unión según la esencia incommunicable, ni según la hipóstasis, sino que es la unión con Dios en sus

energías, o la unión por la gracia, que nos hace participar en la naturaleza divina, sin que nuestra esencia se convierta en esencia divina. Por la gracia el cristiano participa de la naturaleza divina en tanto que las energías (= la gracia), aunque distintas, son inseparables de la naturaleza divina. A diferencia, pues, de la teología occidental, la gracia divina es increada.

Pneumatología

La doctrina de las energías está estrechamente ligada con la teología del Espíritu Santo. Ya he mencionado que esta cuestión, agravada con el asunto del *filioque*, era objeto de discusiones, a veces muy virulentas, entre latinos y griegos. Palamás sigue plenamente la tradición de la Iglesia ortodoxa. También Barlaam iba contra la doctrina del *filioque*, pero sin querer razonar teológicamente, ya que rechazaba los argumentos apodícticos. Palamás, confirmando la teología de otro gran teólogo, el patriarca Gregorio de Chipre (1283-1289), explica la procesión del Espíritu Santo principalmente bajo dos puntos de vista: a) su procesión causal sólo del Padre (y aquí sigue la expresión que había usado el patriarca Focio, en el siglo IX: ἐκ μόνου τοῦ Πατρὸς, «del Padre solo»), y b) su procesión energética o manifestadora del Padre a través del Hijo. En las interminables y seculares disputas en torno al *filioque* y de la fórmula oriental διὰ τοῦ Ἰουῖ (per Filium), Palamás, como Gregorio de Chipre, explicita que esta expresión se refiere a la manifestación externa del Espíritu, tal como aparece en el texto del Evangelio de Juan: *Cuando venga el Defensor que yo os enviaré desde el Padre, el Espíritu de la verdad, que procede del Padre, él dará testimonio de mí* (Jn 15, 26).

La luz del Tabor. Deificación

La doctrina de las energías divinas increadas permite también entender la Transfiguración de Jesús en el Tabor. Dice el Evangelio que Jesús se transfiguró delante de los tres discípulos (Pedro, Santiago y Juan), *su rostro se puso brillante como el sol y sus vestidos blancos como la luz* (Mt 17, 1-2). Esta luz, ¿es una manifestación de la misma esencia de Dios? Entonces los discípulos habrían visto a Dios mismo, en su esencia, que nadie puede ver, porque es incognoscible,

invisible. ¿Es una cosa creada? ¿Una figuración? Entonces Pedro no habría podido decir: *Os hicimos conocer la venida poderosa de nuestro Señor Jesucristo, no basándonos en fábulas hábilmente tejidas, sino después de haber contemplado su grandeza con nuestros propios ojos* (2 Pe 1, 16). Para Palamás y para la teología ortodoxa, la luz del Tabor era la luz de la divinidad, una luz increada, era la manifestación de Dios *ad extra*. Los apóstoles, pues, veían a Dios, no en su esencia, sino en la manifestación de su energía increada, distinguible, pero no separada, de la naturaleza divina.

Esta luz es el carácter visible de la divinidad, de las energías o de la gracia en que Dios se da a conocer. No es de orden intelectual ni tampoco es una realidad de orden sensible. Pero sí es cierto que esta luz llena a la vez la inteligencia y los sentidos, se revela al hombre todo entero, y no solamente a una de sus facultades. Palamás dirá que «quien participa en la energía divina, en cierto modo se convierte él mismo en luz; está unido a la luz y, con la luz, ve en plena conciencia todo lo que está escondido a los que no tienen esta gracia; así sobrepasa no sólo los sentidos corporales, sino también todo aquello que puede ser conocido por la inteligencia, ya que los puros de corazón verán a Dios, el cual, siendo Luz, habita en ellos y se revela a aquellos que le aman, a sus bienamados». La energía divina deífica, diviniza al hombre, el hesicasta. Y esta divinización tiene su raíz en los sacramentos. Por el bautismo y la Eucaristía, el cristiano ya ha sido cristificado.

Cabe decir que quien mejor expone la vida espiritual a partir de los sacramentos es Nicolás Cabásilas, el amigo de Palamás, en su obra *La vida en Cristo*. El cuerpo no debe ser un obstáculo en la experiencia mística. El cuerpo debe ser espiritualizado. El fin último del hombre no es solamente una contemplación intelectual de Dios; si fuera así la resurrección de los cuerpos sería inútil. Los bienaventurados verán a Dios cara a cara en la plenitud de su naturaleza creada. El *Tomo hagiográfico* publicado por Palamás en 1340 y firmado por los higúmenos del Monte Athos atribuye, ya en la tierra, a la naturaleza corporal purificada ciertas disposiciones espirituales: «si el cuerpo ha de tomar parte con el alma en los bienes inefables del mundo futuro, es cierto que ha de participar de ellos, en la medida de lo posible, ya desde ahora. Porque también el cuerpo tiene la experiencia de las cosas divinas cuando las fuerzas pasionales del alma se encuentran no muertas sino transformadas y santificadas».

5. PERVIVENCIA DEL HESICASMO Y EL PALAMISMO EN LA TRADICIÓN ORTODOXA

La Iglesia ortodoxa ha visto en el palamismo el cuadro natural y la expresión adecuada de su espiritualidad tradicional. La aprobación de la doctrina de Palamás en los concilios de Constantinopla y su canonización poco después de su muerte tuvieron como consecuencia la accesión al trono ecuménico de una serie de patriarcas seguidores o simpatizantes con el hesicasmismo y la teología palamita. De hecho, los patriarcas más inmediatos: Isidoro, Calisto –ambos todavía en vida de Palamás– y Filoteo, después, habían sido discípulos de Gregorio. Dicha aprobación oficial va a influir ciertamente en las corrientes teológicas y espirituales. La teología palamita seguirá alimentando la vida de la Iglesia ortodoxa y las obras de Palamás se irán copiando en los *scriptoria* monásticos del Monte Athos. Caída Constantinopla, en 1453, muchos de los humanistas bizantinos, que representaban la oposición al palamismo, emigraron a Occidente, donde tomaron parte activa en el Renacimiento. En Oriente, y a pesar de la dominación turca, la Iglesia ortodoxa mantenía la fidelidad al palamismo.

Es verdad que, en el siglo XVII, encontramos una influencia escolástica en la teología, como se ve en la Academia de Kiev, fundada por el metropolitano Pedro Mohyla (1596-1646), en la que se enseñaba en latín y según la metodología escolástica; e incluso nos encontramos, contemporáneamente con estos hechos, con un patriarca de Constantinopla, Cirilo Lúkaris, de orientación calvinista, contra el que precisamente escribió Pedro Mohyla su *Confesión de fe*.⁷ Pero en el siglo XVIII tiene lugar una nueva floración del hesicasmismo con la aparición de la *Filocalia*.

¿Qué entendemos por este nombre? El significado literal de la palabra es: «amor de la belleza», o también: «amor del bien», por ese doble sentido de la palabra griega *kalós*. La versión eslava lo traduce por *Dobrotoliubie*, es decir, «amor del bien» o «amor de la bondad». En otro sentido, aplicado a

7 Sobre esta obra, vease S. JANERAS, "L'Esperit Sant en la *Confesio Orthodoxa de Pere Moguila*", en J. BUSQUETS - M. MARTINELL (eds.), *Fe i teologia en la història. Estudis en honor del Prof. Dr. Evangelista Vilanova* (Studia Monastica 56), Montserrat 1997, 345-353.

un libro, la palabra *Filocalia* viene a ser sinónimo de antología. Porque, de hecho, es eso. Es una recopilación de textos espirituales griegos escritos entre los siglos IV y XIV. El título exacto y completo es: *Filocalia de los santos népticos* les decir, «sobrios»¹ *reunida entre los santos Padres teóforos, donde se ve cómo, por la filosofía de la vida activa y de la contemplación, el espíritu se purifica, es iluminado y se hace perfecto*. La doctrina espiritual contenida en estos textos es la que corresponde al hesicasmo y es su alimento y guía.

Recopilaciones de textos espirituales de los antiguos monjes y Padres de la Iglesia, ya había habido tiempo atrás. La renovación hesicasta de los siglos XIII-XIV produjo algunas de estas recopilaciones, manuscritos, entre los cuales se puede citar la obra, ya mencionada, de Nicéforo el Hagiorita *Sobre la «nepsis» y la guarda del corazón*, que, en su primera parte, ofrece una serie de textos.

La *Filocalia* es obra de dos figuras que trabajaron en la edición de Padres de la Iglesia: el obispo Macario de Corinto (1731-1805) y el monje Nicodemo el Hagiorita –es decir, de la Santa Montaña, del Monte Athos– (1749-1809), aprovechando y ampliando un compendio manuscrito del monasterio de Evergetes de Constantinopla conservado en el Athos. La *Filocalia* griega apareció en Venecia, que es donde se imprimían entonces los libros griegos, en el año 1782. En 1893 aparecía una segunda edición, y una tercera, en cinco volúmenes, entre 1957 y 1963. En Rusia, donde el hesicasmo era también floreciente, aparecía, en 1793, editada en Moscú, la versión en eslavo eclesiástico con el título de *Dobrotoliubie*, como ya he dicho. Era obra de san Paisiy Velichkovsky (1722-1794), el cual, siendo monje en el Athos entre los años 1746 y 1763, donde trabajaba en la traducción al eslavo de textos patrísticos griegos, coincidió con los autores de la *Filocalia*. Se hizo una segunda edición en el año 1822 (es ésta, seguramente, la versión usada por el célebre peregrino ruso). La traducción rusa apareció en 1857, obra de san Ignacio Briancháninov (1807-1867), que fue seguida de otra más extensa, entre 1877 y 1879, obra de san Teófanos el Recluso (1815-1894). También la Iglesia ortodoxa rumana ha hecho modernamente su propia traducción, obra del célebre monje y teólogo Dumitru Stanioloae (1903-1993). La *Filocalia* se ha dado a conocer moderna-

mente en Occidente, donde ha encontrado aceptación, gracias a las traducciones a varias lenguas⁸.

El hesicasmo y la oración del corazón, la oración de Jesús, arraigó fuertemente en tierras eslavas, a partir del renacimiento hesicasta atonita. En el siglo XV, san Nilo Sorsky († 1508), es decir, del Sora, nombre del río junto al que llevó una vida monástica. Previamente había sido monje en el Athos, donde recibió el influjo del hesicasmo. En la regla que redactó para su eremitorio recomienda la oración de Jesús, y remite a Gregorio Sinaita. En cuanto a la actitud corporal, dice: «recitando atentamente esta oración, permanecerás de pie o sentado, o acostado, reteniendo la respiración, según los consejos de Simeón el Nuevo Teólogo». Notemos, de paso, que Nilo, asceta y hesicasta, representa, en el monaquismo ruso, una corriente totalmente opuesta a la de otro monje, cenobita, José de Volokolamsk. Ambos fueron canonizados por la Iglesia rusa.

De hecho, el florecimiento hesicasta en Rusia vendrá también con la *Filocalia*, que, ya lo he dicho, fue traducida al eslavo eclesiástico por Paisiy Velichkovsky. Monje ucraniano, residió en el Athos y pasó después a Moldavia, en la actual Rumania, donde fue superior del monasterio de Neam, donde está enterrado y es venerado. Ante la oposición de algunos monjes de Moldavia, Paisiy escribió además *A los adversarios y detractores de la «oración espiritual»*, es decir, la «oración de Jesús».

San Serafín de Sarov (1759-1833), un santo muy venerado en Rusia –Berdiaev lo denomina «el ideal de la santa Rusia»–, alimentó en la *Filocalia* su espiritualidad y, en sus *Instrucciones espirituales*, recomienda la oración incesante, con fórmulas diversas. Y en su conversación con un tal Nicolás Motovilov, que éste puso por escrito, vemos un ejemplo de la luz tabórica y de la transfiguración luminosa del cuerpo del que habla Palamás. En un determinado momento, Motovilov dice que no se atreve a mirar el rostro de Serafín porque un

8 En castellano existe una traducción en cuatro volúmenes (tres publicados), hecha sobre la traducción italiana: *Filocalia de los Padres Népticos*, Ed. Lumen, Buenos Aires, 1998-2005.

resplandor sale de sus ojos; su rostro se hizo más luminoso que el sol⁹.

Los mismos traductores al ruso de la *Filocalia*, Ignacio Briancháninov y Teófanos el Recluso, son también maestros de la espiritualidad hesicasta. El primero tiene un escrito *Sobre la oración de Jesús*. El segundo tiene una producción espiritual muy grande, donde destacan el escrito *Sobre la oración* y sus cartas de dirección espiritual¹⁰. Teófanos minimiza la parte exterior de la oración hesicasta; advierte que omite ciertos procedimientos exteriores que podrían escandalizar a algunos o alejar a otros de la práctica. Estos procedimientos (sentarse, prosternarse y otras prácticas) no son más que predisposiciones exteriores para la actividad interior. Llevada a su esencia, dice, «la práctica consiste en adquirir el hábito de permanecer por el intelecto en el corazón, en este corazón sensible, pero no sensiblemente». Una oración que es, también en palabras suyas, «la respiración del Espíritu Santo», que es la «oración del corazón», en la más pura tradición hesicasta. Y Teófanos recomienda esta oración a seglares, concretamente a una mujer, a la que escribe cartas de dirección espiritual:

«Para que el recuerdo de Dios sea más fácil, los cristianos ardientes tienen un sistema propio, que consiste en repetir constantemente una breve oración de dos o tres palabras. Normalmente, la oración suele decir: “¡Señor, ten piedad!”, o: “Señor Jesucristo, ten piedad de mí, pecadora!”. Si aún no la habéis oído, aquí la oís, y si aún no la habéis pronunciado nunca, hacedlo a partir de ahora. Tanto si camináis como si estáis sentada o trabajáis, tanto si coméis o si os disponéis a dormir, repetid la oración: “¡Señor, ten piedad! ¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí, pecadora!”. Cuando os hayáis ejercitado largamente, las palabras se habrán fijado en la lengua de tal manera que se desprenderán todas solas»¹¹.

9 Sobre san Serafín, vease: I. GORAÏNOFF, *Serafín de Sarov*, Ed. Sígueme, Salamanca 2001, donde también está publicado el Diálogo con Motovilov.

10 Su obra *La vida espiritual* está escrita en forma de cartas a una dama que busca su dirección espiritual. De Teófanos existe sólo una traducción catalana de dicha obra: TEÓFANOS EL RECLUSO, *La vida espiritual. Què és i com disposar-s'hi* (Clàssics del Cristianisme 64), Barcelona 1996.

11 TEÓFANOS EL RECLUSO, *ibid.*, pp. 181-182.

En este mismo siglo XIX encontramos el caso bastante conocido y popular del llamado peregrino ruso. Armado con la Biblia y la *Filocalia*, peregrina de un lugar a otro buscando quien lo pueda iniciar en la oración del corazón¹².

Este autor nos ofrece la oportunidad de hablar de un instrumento que interviene también en la práctica de la oración de Jesús. Un *starets* consultado por el peregrino, le dice: «Aquí tienes unos rosarios,¹³ con los que podrás decir, para empezar, tres mil oraciones al día. En pie, sentado, caminando o acostado, di continuamente: “¡Señor Jesucristo, ten piedad de mí!”. Sin gritar y sin prisa; recita esto exactamente tres mil veces al día, no añadas ni quites por tu cuenta. Dios te ayudará y llegarás a la actividad continua del corazón».

Volvamos a Gregorio Palamás y al palamismo. Decía al principio que Palamás puede ser considerado como un punto clave en la historia de la espiritualidad ortodoxa. Hemos visto rápidamente toda la tradición hesicasta que le precede y en la que él vive y se alimenta y a la que da nueva doctrina y nueva fuerza, y cómo esta misma espiritualidad conoce un nuevo florecimiento a partir de la *Filocalia* –en la que también figuran escritos suyos–, y perdura en la Iglesia ortodoxa.

Pero si en el siglo XIV asistíamos a la polémica entre Palamás y sus adversarios, entre palamitas y antipalamitas, modernamente también ha habido un debate entre teólogos católicos, algunos de los cuales discuten el carácter tradicional y patrístico del palamismo, mientras que otros admiten la plena continuidad entre la teología de Palamás y la de los Padres Capadocios y san Máximo el Confesor (que algunos han querido oponer al pensamiento de Palamás y que, en

12 Su narración se ha hecho ya célebre: “*Strannik*”, *el peregrino ruso*, traducción de U. Barrientos; introducción y notas de A. Guerra, Editorial de Espiritualidad, Madrid 192005.

13 He traducido: «Aquí tienes unos rosarios», porque quizá sea el término más comprensible. En griego, este utensilio se llama κομβολόγιον o κολομβοσχίνιον, y en eslavo: *chotki* (en plural). Se trata de una especie de rosarios hechos de un cordón de lana o de otro material, con nudos (entre 100 y 150), que los monjes llevan siempre alrededor de la muñeca de la mano o entre los dedos y que sirven para contar las veces que se pronuncia la «oración de Jesús». Teófanos prefiere la técnica antigua de la respiración más que el uso de los *chotki*. De hecho, los textos antiguos no hablan de ellos y su uso aparece tardíamente.

cambio, es uno de los autores importantes recogidos en la *Filocalia*). Incluso buenos conocedores del Oriente cristiano se han mostrado críticos con el palamismo y han visto en él rasgos heréticos. Quizá es que, para comprender bien el hesicasmo, es necesaria una especie de hesiquia previa, un silencio de los esquemas y prejuicios que uno lleva encima. Sin ningún género de dudas –y superada toda polémica–, san Gregorio Palamás es uno de los grandes maestros espirituales de la Iglesia Ortodoxa o, mejor dicho, de toda la Iglesia de Cristo.

DR. SEBASTIÀ JANERAS
Barcelona

SUMMARY

G Palamas is considered to be a key individual in the history of orthodox spirituality. In order to introduce him the author briefly goes over the whole hesychast tradition which precedes him and in which he lived and breathed. He also asserts that Palamas has new doctrine and gives a new impetus, so much so that this spirituality flourishes anew due to his *Philokalia* and continues yet in the Orthodox Church. Whereas in the 14th century there was a dispute between Palamas and his opponents, between Palamites and Antipalamites, in modern times there has also been a debate between catholic theologians, some of whom dispute the traditional and patristic character of palamism, and others who maintain there is full continuity in the theology of Palamas with that of the Capadocian Fathers and St Maximus the Confessor. Also learned individuals of Eastern Christianity have been critical of palamism seeing heretical elements in it. However, without a doubt, St Gregory Palamas is one of the great spiritual masters of the Orthodox Church, or rather, of the Church of Christ.